

861.6
N218m

475

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
REGISTRO DE LA PROPIEDAD
CIENTIFICA, ARTISTICA Y LITERARIA
SAN JOSE, COSTA RICA

MISA A OSCURAS CARMEN NARANJO

EDITORIAL COSTA RICA



MISA A OSCURAS

Obras de la autora

Cancion de la ternura

Hacia tu isla

Los perros no ladraron

CARMEN NARANJO

MISA A OSCURAS

EDITORIAL COSTA RICA

San José

1967

01

R.
867.6
V218m

Portada: Terésita Porras

Edición: Alberto Trujillo

[Faint, illegible text]

Comisión Dictaminadora

*Lilia Ramos
Arturo Echeverría Loría
Alfonso Chase*

46667
424328
14 OCT. 1985



Imprenta Tormo, Ltda.
Hecho el depósito de ley

PRINCIPIO

En nombre de la vida, de la muerte y del amor

Estamos frente al momento
en que los tambores suenan a áboles caídos.
Doblemos el cuerpo en reverencias gentiles,
porque estamos más allá de las trincheras
que cavamos buscándonos.

Coro:

En nombre de la vida,
de la muerte y del amor.

INVOCACIÓN

Invoquemos los duendes que duermen en los
bosques,
húmedos de tierra en pos del amanecer;
los ángeles que se confunden con las sombras
y sus ojos corren como ríos;
las ratas con caminos de oscuridad.
Invoquemos las cosas gratas,
el tomate brillante que se brinda al invitado,
el rato consagrado al libro de poesía agónica:
la taza de café en que navega finalmente
una colilla de sabores humanos;

la conversación incoherente y de observación
profunda.

Invoquemos los amigos:

el que ve más allá de las palabras
y se queda residiendo en los besos;
el que insinúa la magia siniestra
de un mundo que se niega;
el que se acuna dulcemente en el brazo
lamentando haber crecido;
el que dice pronto adiós
y no se va nunca.

Invoquemos los recuerdos fríos y penosos
que en los sueños tienen ruidos desagradables
y se alejan al despertar con un encogimiento
de hombros

que nos reafirma todos los días.

Invoquemos esa lista de apellidos y números,
las sonrisas lisas que acumulan los espejos,
los pequeños fraudes de nuestra virginidad,
las gotas audaces que destilan ciertos gestos,
los ojos gastados en ventanas sorprendentes.
Luego, emigramos hacia la historia
de los tonos que asoman en las cacerías
técnicamente cumplidas bajo el cielo.

Coro:

Invoquemos las figuras de ingenuidad
que plantamos en las tardes áridas.

Vamos quedando solos,
solos y juntos,
juntos con dolor de dientes,
juntos con compañía de autómatas que se mueven
sin otro fin que el instinto de pasar
las fronteras y llegar a otras fronteras.

No nos quedemos mirando el crepúsculo,
que también es fugaz.
Sigamos guiados por las lámparas
que resisten el viento y las lluvias,
los fantasmas y el apetito de hamacas,
la ropa vieja y el cansancio de los huesos.
Invoquemos nuestro nombre y nuestra carne,
nuestra dirección y nuestro sueño,
nuestra temperatura de hazaña
y nuestro temblor de Dios.

Coro:

Invoquemos nuestra sombra de sangre
y nuestra melancolía de estrellas.

CONFITEOR

Confesemos nuestras culpas y pecados.
Las culpas se seleccionan
y se archivan clasificadas.

Los pecados lustran las vidas,
les dan toque de real
humedeciendo músculos rígidos.

Son como las ondas del agua,
van y vienen,
reflejan, incomodan
y peregrinan al fondo de recuerdos activos.

Las culpas no son buenas camaradas,
acosan en un mediodía
y creemos caer en hondos precipicios.
Tienen dejos de puñales activos
y susurran alto, muy alto en los oídos.



Confesemos nuestras culpas y pecados.
Hagámoslo con dolor de rodillas.
Confesemos la limosna que no dimos,
la fruta verde que arrojamos al camino,
los momentos de canibalismo
y el amor incómodo y fecundo
que renunciarnos con gesto heroico.
Confesemos nuestro asco a la pobreza sucia,
las sobremesas con que pretendemos dar,
los manteles de rutina
y las disculpas siempre alertas.

Coro:

Hablemos sin metáforas y no esperemos
comprensión,
ni tintes, ni caricias.
El perdón viene sin vendas.

El silencio es una larga jornada
en que se dejan pomadas y alfombras.
Con fiebre de transfiguraciones
la carne se hace terciopelo;
la palabra, aroma;
el labio, almohada.
En una senda larga la arena endurece los pasos,
en una senda más larga ya los pies son de arena.

KIRIES

Las campanas tocan las puertas
pero los hombres no están

Coro:

Que la niebla los proteja.

Los niños juegan a las rondas
y el viento juega con ellos.

Coro:

Que la niebla los proteja.

Las lavanderas dejan en los ríos sus manos
y frías se acercan a las cunas.

Coro:

Que la niebla las proteja.

El viejo y su cabaña iluminan una estrella
y abrigan un cansancio de polvo.

Coro:

Que la niebla los proteja.

Un barco cruza el mar, un aeroplano atropella
un hombre con su máquina patea profundo el
suelo.

Coro:

Que la niebla los proteja.

Dos labios se encuentran y llueve,
llueve adentro tímideces y afuera telones
con dolor de mandarinas podridas.

Coro:

Que la niebla los proteja.

Que la niebla sea benévola,
que no cierre los caminos,
que lleve a una casa blanca.

GLORIA

Cantemos la mañana clara que siempre se levanta,
la tierra vestida de novia con su cara afeitada,
la hora buena, la hora de la buena gente.

Cantemos la plaza sin toros,
las sendas sin serpientes,
el mar sin tormenta.

Cantemos llenos de música y de esperanza
Cantemos como si el día no acabara
y las campanas no repicaran a muerte.

Cantemos la rendición de argumentos sangrientos
y de letanías con iracundas blasfemias.

Coro:

Atrás las palabras redondas
que no admiten canciones de cuna.
Atrás los rombos puntiagudos
que no añoran los aromas.

Atrás los gestos pedigüeños,
adelante el tambor que anuncia
la novedad de un retablo de amor

ORACIÓN

Bajó desde las montañas
el suave olor de la altura,
encontró unas ventanas cerradas
y un desfile moribundo en las antecámaras.

Alguien hizo un color febril
y en una pantomima de ruidos
lo dejó caminar y perderse.

Era un monólogo triste
como mensajes de lápidas
de un cementerio sin flores ni pinos.

Coro:

Sólo en los sueños nos encontramos,
porque son largos y perfilados
y en ellos cabemos ante puertas
herméticas.

¿Quién llora en este túnel de lágrimas?
¿Quién protesta porque no llega en un día
a la ciudad de los sueños?
¿Quién nos reclama el cuaderno claro
en que la vida, la honda vida,
es una enredadera de números?

Pasarán los aires de la altura
y atentos estaremos a sus rumbos.

No nos quedemos recordando
el cumpleaños de las horas,
ni la paz de las siestas bajo la hierba olorosa.

Coro:

Vamos con fe por la senda que sube,
pesan los pies y el corazón se estruja.
¡Qué largo y pesado parece el camino!

EVANGELIO

Hablo en mi nombre
porque tengo nombre y sobrenombre
y porque me llama la vida y me llama la muerte
Hablo de que era una vez
porque han sido muchas las veces
y porque tengo una voz adentro.

Sí, era una vez un hombre,
un hombre como yo,
con el pelo corto y las orejas frías,
que sonreía a su equipaje interno
sólo íntimamente.

Este hombre, mi semejante,
vino al mundo a ver.
Encontró un paisaje de cosas extrañas,
una reserva de paraguas
y unos niños bajo la lluvia
pálidos y sonrientes;
almacenes de granadas
custodiados por hombres que hablaban de paz;
salones solitarios con efectos de luz
y dosis de gentes muy limpias
que estaban sólo por estar;
barridas de tinieblas
donde tenía valor
la guarida de una noche.
Quiso hablar y lo callaron.
Quiso hacer y lo ataron.
Quiso subir y lo hundieron.
Dijo la verdad y lo mataron.

Coro:

Ese hombre, nuestro semejante,
se está muriendo.
Todavía resuella y su voz casi no se oye.
¿Por dónde vendrá el otro hombre?
El hombre nuevo con su verbo nuevo,
hijo del padre eterno,
de la luz y de los siglos.

SERMÓN

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,
queridos hermanos en la sopa y en la sed,
yo vengo a hablar con el imán de las cosas
esperadas.

Nadie ha dicho que la mesa está servida,
nadie ha prometido una cama caliente.

Coro:

No, afuera hay frío
y el viento sopla fuerte.

Nadie ha garantizado un amigo,
nadie ha ofrecido oro en los sueños.

Coro:

Las tardes se empañan en crepúsculos
y la soledad entra en las almas

Un clamor vive en los cuerpos.

Recemos.

Que rece la niña de trenzas rubias,

que rece la niña gris de noche pálida,

que rece la de mirada dulce y pies cansados,

que recen ellas y nosotros

mientras las campanas se repiten con el viento.

Coro:

Que toquen a perdón

y canten el amén.

Todos los días amanecemos.

Amanece el árbol trigueño en el verano,
amanecen los animales y las rocas.

Nadie ha dejado de tener un amanecer.

Es de todos y lo vivimos a veces.

La luz abre senderos

y conocemos de nuevo lo eterno.

Catedrales de manos anhelantes se alzan.

Recemos para ligar nuestras manos

y ver las estrellas con la cara limpia.

Coro:

El hermano del hermano ha dormido en el
mundo,

preparemos la casa para el que viene.

La semilla ya es árbol
y la tierra no está cansada.
En tanta senda de pisadas
parecen haberse perdido los caminos.
Nacemos completamente,
Nacemos desnudos como estrellas
que en la noche lenta se eternizan
para ahondar los pasos del alma.
Empolvadas están las armas,
un viento caprichoso puede levantarlas.
Siempre quedan avaricias
en el abrir de los ojos
y en el tender de las manos.
Al que se interna en la tierra
el cielo es un rumbo siniestro.
Al que busca la pulpa
la cadencia de las olas es un raro sonido.

Coro:

Cuando la noche se cierra y sólo es noche,
todos esperamos el día,
menos el que lleva adentro medidas de luz.

Había una vez un hombre solitario
que rezaba en los atardeceres
mirando el perfil eterno de los pinos.

De la montaña al mar se desangró,
en la puerta del horizonte lo enterraron.
Dejó un fuego prendido
y unas palabras tartamudeantes
de la montaña al mar.
Guardemos con fe el recuerdo
de los que caminaron,

Coro:

Cuando el silencio se hace denso,
pesa en la conciencia
como un afán maduro.

Todas las calles esperan,
están abiertas y no hay refugio que salve
del naufragio que puede haber en ellas.
Los árboles están cayendo poco a poco
en esta tarde otoñal de recuerdos violentos

Algo eterno se huele sobre las cabezas:
El pan en el horno,
la ventana que se adorna,
el fuego que se aviva,
la mano que se atrae al corazón,
el polen del pensamiento que emigra,
la siembra creadora que no se pierde en gestos
inútiles.

Sólo queda lo construido sin descanso
en esfuerzo de reservas infinitas,
lo que encuentra la mirada que se tiende
y ambiciona horizontes de sueño.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santa

que la noche les sorprenda tras un buen día de luz.

Coro:

En nombre de todos
entremos en la noche
con el corazón iluminado por la lluvia que
hermana.

CREDO

Creemos en el verano que habrá días sin sol,
grises días de lluvia,
y en el invierno creemos en los días dorados,
lentos de sol y de viento.

Creemos que el pasto seguirá creciendo
y que de la semilla
vendrá el árbol.

Creemos en las dudas hondas del alma.
Y creemos que estamos y somos
como una relación de espacios y geometrías
rítmicas.

Creemos en los olvidos y en los vértigos,
en los dolores de músculos
y en los desvelos que son largos desiertos.

Creemos en el compañero
y en el residente del corazón.
¡Y desconfiamos siempre!

Desconfiamos del beso que se da,
de la palabra que se deposita,
del gesto que rasga el aire.

Un espesor de cortinas cultiva trincheras
y simplemente sabemos.

En un orden de patentes
sepultamos la fe.

Coro:

Estamos frente a nuestra eternidad,
la estamos soñando de pie.
Con conciencia de eternidad
no cabemos en las camas, ni en las sillas.

Yo creo en ti y en mí,
creo en la sustancia fértil del sueño,
creo en el caudal de la mirada,



creo en los tesoros de la fe creativa,
creo en las figuras de la danza plena
y en el grito de los contrastes.

Creo que he venido para ir
sin ser pasajero y sí náufrago.
De una isla he debido hacer un continente,
y de un mundo una casa íntima.

Creo en mí y en ti
y sé que a la diestra
hay grandes y pequeños,
pecadores y santos,
negros y blancos,
y a la siniestra una encrucijada de caminos
con llamados de manos que sudan y tiemblan.

Coro:

La hierba crece,
la nube pasa, el jardín florece
y el alma y el cuerpo dejan ágiles sombras.

OFERTORIO

Atrás están los viejos almanaques
llenos de cosas queridas, que se han ido.

El libro de cuentos,
la sonrisa traviesa,
la lágrima temprana y tardía.

Todos los golpes duros conservados por el imán
de crecer
en dimensión profunda de abismos infinitos.

Atrás están los que conocimos en las calles
y se quedaron en las fechas.

Las citas en que empeñamos los días,
las palabras entrecortadas que a veces
cobran significado en el andar de la noche
las ansiedades que impacientan las manos
y este comején interno que dilata las pupilas.

Más allá, hay figuras firmes
más reales que las jornadas cotidianas
y las empresas de pan, cerveza y cigarros
en que nos quedamos lentamente
sobre las máquinas, sobre las sumas,
sobre la voz de mando y la espalda.

Más cerca este ahogo,
que es un presagio gris de tormenta,
una puerta azul y enervante
o un juego de esponjas blancas.

Coro:

El sueño es la creciente de un deseo de
libertad,
donde las raíces se olvidan y las velas
se abren a los caprichos del viento.

No tenemos las manos unidas
y nos hemos esperado sin saludos.
No vino el que se ha persignado con el agua
huraña del bosque,
el que no quiso abandonar la noche,
el que escondió su deseo de Dios,
propio, fijo, a su semejanza,
con dolor de ojos por el polvo de un camino largo
y con la ternura de un padre
que tuvo un hijo y le cantó canciones de cuna.

Coro:

El gran creador está dormido,
son fríos sus rugidos de gigante
y retumban en el cielo oscuro.

ORATE FRATRES

Oremos, hermanos,
en nombre de cada casa
que guarda un amor y tiene las puertas abiertas.
Oremos en presencia de lo bueno y de lo malo
para apartar el ejercicio del látigo
que hunde las cosechas fértiles en un vértigo
de gemido.

Coro:

Las piedras se afinan para mirar el cielo,
las voces espontáneas
desafiantes de rituales
suenan humanas en todas las
circunstancias.

Oremos porque el pez tenga su mundo,
el perro encuentre un amo bueno,
porque el amor no se muera
como un canto triste,
porque el árbol sea el habitante del bosque.
porque la ciudad no lastime con su brillo,
porque haya siempre una palabra fecunda.

Coro:

Recemos por ti y por mí,
por los que están solos,
y por los que tienen enlazadas las manos.
Recemos por la siembra del hombre.

ORACIÓN

Una ronda de niño es un canto del alma.

La soledad, golpeando más fuerte que el viento,
aisla las bancas simétricas de un parque
con estatuas sin gestos.

Un sopor de músculos entona la canción del alba.

Coro:

Venimos sin túnica,
se quedó en las piedras.
Tenemos sueño, hambre, miedo.

Que repiquen las campanas,
que repiquen fuerte ¡más fuerte!
En este mundo de anuncios
ya nadie oye.

Estamos en presencia de la palabra bendita,
la palabra real de la magia,
la de los huevos dorados,
la que canta sin andamios,
la que tiene fuego íntimo y paso firme.

Coro:

La sangre de las palabras empieza a
balbucear,
empieza a dejar los oídos y los ojos,
empieza a correr en los músculos
arrugados
y se va en los nervios tartamudeantes.

Rompamos las filas:
aquí viene serena
y la paz, la paz de las cosas tranquilas,
se hace sonora.

Coro:

Está aquí la palabra con voz propia.
Demos nombre al hambre y a la sed,
demons un nombre que supere la angustia
de irse acabando en las calles.

CANON

La soledad es un compartimiento al que se entra
porque las manos, los ojos,
los cuerpos, siempre encogidos,
miran hacia adentro y ven su propio paisaje,
con su sombra de gentilezas,
con su pasta de macarrones tibios
y con su momento de diálogos y puentes
y con sus confesiones de memorias ilustradas
y su humanidad de vinos y de flores.

Coro:

Nosotros, siervos siempre de las barandas,
nos asomamos ,curiosos de extrañas
sensaciones.

Por todas las horas y los minutos,
que son siglos de tiempo,
barandas de sol y de luna,
insolación de cansancios infinitos.

PADRE NUESTRO

Padre, padre nuestro,
trátanos en las tardes despiertas como hijos,
Tómanos de las manos
y di: soy tu padre y eres mi hijo.

Hijo de la aventura sin perfumes,
de la que se vive a plena luz,
hijo de los espacios cálidos
y no de la ganancia de ser padre.

Hijo de la palabra bendita.

Hijo del padre y de la madre sin orgullo de sexos,
del amigo que abrió audaz las puertas,
de la noche que se queja en su soledad,
del hermano mayor y de la tía que le tejió unas
botas
soñando con su maternidad agotada en las muñecas,
hijo de todo lo que germina y se cansa.

Coro:

No nos des el pan de cada día
sino luz, mucha luz,
perfiles de claridad
y fuerza en las piernas.

Enséñanos a perder este refugio de heroísmo
y hacer música el silencio de las cuevas sin salida
en que caemos tantos días.

Coro:

No nos hables de perdón y de enemigos,
dinos con dulzura que el amor, el hondo
amor,
es la siembra en que abonamos
el tiempo, la voz, la sed y este afán de
crecer.

Levanta la mano y apacigua los vientos,
tráenos la lluvia azul de la tristeza
y esconde todos los látigos.
Rompe las trincheras
que adelgazan los cuerpos.

Destruye las casas frías
y las palabras violentas.

Déjanos ser hijos de un padre real.

Coro:

Padre nuestro y de todos,
siéntate en nuestra mesa,
toma nuestra sopa, vive nuestra hambre.

ULTIMO EVANGELIO

No sabemos lo que hubo en el principio
y desconocemos el final.

Llenos de imágenes vivimos
y en cines interiores proyectamos las cadenas de
episodios.

Un reposo de manos hace de puentes
para quedarnos en los sueños.

Un instinto de manada impulsa los discursos,
los cuentos, las cataratas de palabras,
y solos, terriblemente solos,
buscamos el relámpago interior.

Medimos la vida ante la estocada de la muerte.

Oteamos en el cielo
caminos celestes sin piedras, sin maderas, sin
povos.

Coro:

¡Qué fuentes de fuentes y más fuentes
tiene la vida!

No corre en ellas el agua sino la sed,
Dormidos están los albores y vamos hacia
ellos.

La mirada se fija en este pozo sin monedas,
sin azar de barajas carcomidas por el uso y la
aventura.

Cuando las palabras tienen vida de hierba buena
y los deseos son semilla,
la sangre rompe los refugios.
Tostado por el sol y el aburrimiento
el tiempo mastica su propia digestión
y vuelve ya con sus paredones de distancia.
Volvamos donde no caben los afeites ni los afanes
sépticos
a cavar la ciudad de los sueños,
sin la flaccidez de los libros que no se leen
y de las cartas que no se escriben.

Coro:

El regreso es el cansancio de partir
en aguas de siembras redondas
con alfombras hacia adentro.

Quedamos con las preguntas,
con los temblores,
con las lágrimas.

Coro:

Las trampas están tendidas
y las luces no se encienden
al paso de los caprichos.

El regreso es el cansancio de partir,
¡Que la niebla proteja a los que vuelven
y a los que van!



Se terminó
el día 21 de Agosto de 1967
en la
IMPRESA TORMO
Se tiraron 1.500 ejemplares

En la fecha en que se acordó la publicación de este libro, el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica, estaba integrado por las siguientes personas:

Arturo Echeverría Loria, Presidente.
Lolita Zeller de Peralta, Secretaria.
Lilia Ramos, Julieta Pinto, Alberto Cañas,
Julián Marchena y Carlos Meléndez.
Suplentes: *Francisco Amighetti, Ricardo*
Blanco Segura, Alfonso Chase, Flora Luján
de Amighetti, Inés Trejos de Steffen y
Rodrigo Zeledón.

IMPRESA TORMO
SAN JOSE, COSTA RICA

4 ABR. 1986